

siosa de obtenerlo, no perdonaba medio alguno para lograrlo; se entregó á un hombre, como lo había hecho ya con muchos, por codicia, buscando un interés nuevo á su hermoso y repugnante capital. El hombre satisfizo un capricho de su organismo y se alejó; acaso no haga ni memoria de tal acontecimiento.

Efecto sublime de una causa miserable, aquella mujer sintió algo que, al agitarse en sus entrañas con destellos de vida, deformaba su cuerpo, borrando la belleza de sus contornos, aminorando su valor intrínseco. Comenzó por despreciarle y acabó por aborrecerle. Ella decía: «Este ser que me hace madre, ¿para qué me sirve? ¿he pedido yo á Dios que me le conceda? No. Entonces, ¿á qué viene? ¿por qué se agita y cobra elementos de existencia dentro de mí? Y una vez en el mundo, ¿qué obligaciones debo yo á esta criatura que comienza su carrera por desfigurar mi rostro, cortándome los vuelos un espacio de tiempo determinado?»

A impulsos de lógica tan cruel, su odio crecía, y este odio depuraba las ideas de aquella mujer en el crisol del crimen. La fiera afilaba sus garras para vencer el obstáculo que la detenía.

Engendrado sin amor, por sorpresa, aborrecido

antes de nacer, el niño cuya historia pretendo describir vino al mundo en el revuelto lecho de una mancebía. Le costaba trabajo vivir; como presintiendo muchos temores y muchas angustias en su futuro estado, resistíase á ocuparlo; vencido al fin, rodó sobre la cama; la madre lanzó un suspiro de placer al verse libre de tamaño peso, y sus compañeras, pasando al hijo de una en otra, le denostaron con palabras estúpidas, á las que él respondía con amargo llanto.

Vuelta en sí la madre, le presentaron al recién nacido. «¿Qué haré yo de esto?» He aquí la única expresión que brotaban los labios de aquella tigre. Ni un beso, ni una frase cariñosa; ninguna prueba de afecto dieron su voz ó sus brazos. Le acostó junto á ella, la dejaron sola y se durmió, como si tal ser no existiera.

Esta fué la primera noche de un ángel.

La segunda revistió formas aun más sangrientas; guardó con la pasada relaciones iguales á las que existen entre una idea y un hecho. La madre desnaturalizada, obedeciendo á un plan de largo tiempo concebido, esperando á que reposaran todos en la vivienda infame, alzóse del lecho, envolvió al niño, que dormía profundamente, en un trozo de lienzo, le atrajo hacia sí, no para prote-

gerle, sino para ahogar su voz si despertaba, y cautelosa como una hiena, atenta al más leve rumor, deslizóse sombría, fatal, á través de los oscuros corredores.

Ya en la calle, después de avanzar algunos pasos, dobló la esquina y miró á todas partes. Estaba sola, sin testigos que la delataran. Ni Dios ni su conciencia podían serlo; desconocía al uno y á la otra. Arrojó el estorbo sobre el empedrado, como si fuera un objeto insensible, y se alejó rápidamente.

Pobre flor de inocencia, al entreabrir sus pétalos perfumados, el infeliz expósito vióse ante dos abismos, á cual más espantosos, prontos á devorarlo.—Una muerte próxima y una sociedad indiferente.

*
**

Aquel fruto de infamia fué recogido en su abandono por una mendiga, la cual, obedeciendo no tanto á sentimientos de caridad como á cálculo especulativo, le llevó á su casa. Allí, después de envolverle en unos sucios y amarillentos andrajos, le dió de mamar; le tendió en el humilde le-

cho donde reposaba un hijo suyo de pocos meses, y se entregó al descanso.

A la mañana siguiente, mañana lluviosa y fría del mes de Febrero, la mendiga, cuidando de no despertar á su hijo, cogió al expósito bruscamente y le condujo á través de las fangosas calles en demanda de una limosna suficiente á cubrir sus atenciones. Con el pobre recién nacido en brazos inspiraba lástima; y cuando su voz quejumbrosa pujaba lamentos reclamando un pedazo de pan para el hijo de sus entrañas, muchos se apresuraban á satisfacer los deseos de la industrial desconocida.



El fruto de tales quejas fué cuantioso, relativamente, y la mujer volvió á su hogar satisfecha de aquella inesperada adquisición; cuando entró en su cuarto, el hijo suyo, no el apócrifo, el verdadero, le tendió los brazos, y ella dijo al besarle:

—¡Pobrecito, á no ser por éste, te hubieras muerto de frío!

Desde entonces el huérfano, que para diferenciarse de los otros seres necesitaba un nombre cualquiera, le tuvo. Su madre adoptiva, por ca-

pricho acaso, acaso por recuerdo, le llamó Juan José.

Esto fué todo.

* * *

Pasó el tiempo. Ya emitía el niño, con frase torpe é insegura, infantiles pensamientos, que nadie se ocupó de dirigir. La mendiga, cariñosa en extremo para con el otro, que aunque nada hiciera había salido de su vientre, guardaba para este desgraciado sus horas de mal humor, sus dicitos y vejámenes.

Cuando Juan José (obediente y sumiso como un perro) tuvo cuatro años, agarraba con su manecita el vestido ó pantalón de los transeúntes, pidiendo con faz compungida una limosna, entregada luego á su madre, que, recostada en el quicio de una puerta, guardaba en su bolsillo, caja de tan repugnante tráfico, el interés que la producía el pequeñuelo.

Los transeúntes miraban á Juan José, unos con desprecio, otros con lástima, los más con indiferencia; y el pobre muchacho, sin encontrar amor

en nadie, fué creciendo, y al crecer pensó, y al pensar halló en su vida algo extraño: diferencias grandes entre él y el resto de la sociedad. Quiso buscar la causa de estas diferencias, y tomó como punto de partida las que le distanciaban de su hermano. Aquél en su casa, y él en la calle buscando alimento para los dos. ¿Qué era aquello? ¿por qué era aquello?

Esta idea, grabada en su joven imaginación, le obligó á reflexionar:

El hombre, al verse atacado, busca medios de defensa.

Una noche, ya tenía trece años, preguntó á la que consideraba por madre los motivos de tamaña injusticia, y ella, como argumento irrefutable de sus razones, le respondió:

—Tú no eres hijo mío. Yo te recogí en medio de la calle y te presté ayuda. De más hago.

Juan José no supo qué contestar; avergonzado, lleno de confusiones, se refugió en su lecho.

Pasaron las horas; el adolescente no dormía, meditaba, y término de sus meditaciones fueron las siguientes frases, que mentalmente pronunció:

—Puesto que no soy hijo suyo, no estoy obligado á pedir para ella ni para el otro. Que pida él.—Y al día siguiente salió solo como de costum-

bre, como de costumbre pordioseó; pero al volver á su casa, lo hizo sin dinero.

—¿Cuánto traes?—preguntó la mujer.

—Nada.

A tal respuesta siguióse un golpe que arrancó un grito, grito rabioso, réplica justa á una agresión inmotivada.

Cuando la mendiga, furiosa, quiso secundar la agresión, Juan José no estaba; al sentirse herido, dió un salto formidable y se alejó.

El instinto de libertad, innato en el hombre, le atraía.

*
* * *

Sabido es cuánto influyen en el individuo sus condiciones fisiológicas. Esa causa ignorada que regula y dirige las acciones humanas, dotó á Juan José de una organización ardiente, reflejada en los menores detalles de su vida, en las más leves manifestaciones de su espíritu. Aquel temperamento absolutamente meridional, repleto de deseos, ávido de goces, buscaba afanoso una ocasión para demostrarse, y la encontró. Hizo durante cuatro ó cinco años la vida propia del pilluelo de

todos los países, hasta que un accidente, previsto por la marcha progresiva de los acontecimientos, le arrancó del vacío donde se agitaba, grabando con trágicas líneas su paso por el mundo.

II.

Una mozueta, bella y graciosa hasta el descaro, de libres costumbres y equívoca conducta, gustó de él. Acostumbrada á manifestar sus impresiones tal cual las recibía, no tardó en indicarle sus deseos; y Juan José, que, hasta entonces, sólo había encontrado en el mundo desprecio é indiferencia, vió nuevos horizontes que, al mostrarse á sus ojos, le ofrecían un porvenir de ventura.

El cariño que Rosa (así se llamaba ella) parecía tenerle era la tabla salvadora á que procuraba asirse el náufrago, abandonado en los borrascosos mares de la sociedad; las pasiones, dormidas en su corazón, despertaron; al verse querido, sintió agitarse la sangre de sus venas con precipitado ritmo, y trémulo, delirante, se arrojó en los brazos de aquella mujer, únicos que se abrieron en la tierra para recibirle cariñosos.

Rosa lo fué todo para él, porque decía: «Yo,

que nada valgo en el mundo, represento para ella algo que estima como suyo propio. Rosa es, por esta razón, mi madre, mi hermana, mi querida todos los afectos en uno. ¿Qué podrá pedirme que yo no me apresure á concederle?»

Acordes por esta vez cerebro y corazón, el mozo llevó su apasionada idea al límite, y, adivinando los menores caprichos de aquella mujer, se apresuraba á complacerlos. Esa esclavitud dulce que no hiere, porque es voluntaria, le había amarrado á su cadena, y Juan José, inexperto, alucinado, no podía comprender que tal situación pudiera conducirle á un extremo horrible, abismo monstruoso, en cuyo borde el pie tropieza y el hombre cae.

Rosa, acostumbrada á respirar la viciada atmósfera donde viven esas hijas espúreas del impudor, sentía necesidades imposibles, difíciles de realizar. Juan José le sacrificaba el fruto miserable de su trabajo; pero esto era poco, apenas si bastaba para comer, y ella, señora absoluta de aquel corazón noble, de aquel carácter arrebatado, le precipitó.

Una noche en que el mozo volvió, como todas, á su casa, rendido por el cansancio, abrumado por la fatiga, encontró llorando á su querida.

—¿Qué tienes?—dijo.

—Nada—respondió ella.

—¿Cómo nada? Por nada no se llora. Tú sufres y yo tengo derecho para averiguar los motivos de tu pena. Dímelos.

Cuanto más insistía Juan José, era mayor la resistencia de Rosa. Al fin, como venciendo trabajosamente su repugnancia, exclamó:

—Lloro porque el frío comienza á sentirse y no tengo mantón que ponerme; me voy á helar este invierno.

Juan José, aterrado por aquella noticia, no supo qué responder. Con la cabeza hundida entre las manos retrocedió convulso, mientras Rosa le miraba fijamente.

La escena era angustiosa, la situación apurada; el hecho se impuso brutalmente, y en presencia de aquel hecho veíanse á la mujer esperando y al hombre inmóvil. Miseria á un lado, necesidad á otro. Suprimir la primera y satisfacer la segunda con la impotencia por instrumento y la pasión por acicate, he aquí el problema, problema gigante que aquel hombre, ni instruído ni moralizado, debía resolver. Ese aparato cuyo mecanismo incógnito nos hace pensar, trabajaba dentro de su imaginación impetuosa; nubes de tempestad agrupándose sobre su cerebro, le oscurecían; Juan José

meditaba. De pronto levantó la cabeza, las nubes se abrieron y brotó el rayo.

—¿Te hace falta mantón?— gritó con voz ronca.—Lo tendrás.

Y abandonó el cuarto con actitud resuelta.

¿Dónde fué? ¿Quién lo sabe? Pero es lo cierto que al rato volvió, y arrojando un puñado de monedas sobre la mesa, dijo:

—Compra el mantón, Rosa.

—¿De dónde has sacado ese dinero?—le preguntó ella.

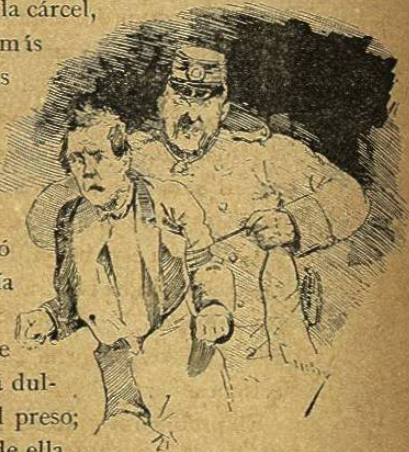
—¿Qué te importa? ¿No lo necesitabas? Ahí lo tienes.

El problema estaba resuelto, y como último término de la solución se leía esta palabra: «Crimen.»

* * *

Juan José, preso al día siguiente, entró en la cárcel. Confundido con aquella gente viciosa y corrompida, para quien la fuerza es derecho y el golpe persuasión; obligado á vivir entre hombres de crueles instintos y salvajes procedimientos,

procuró hacerse lugar y le tuvo; su brazo le abrió camino, era fuerte, y en la cárcel, donde la ley no entra más que para acoger vivos ó levantar cadáveres, la fuerza es un derecho, derecho tan justo como necesario. En ese derecho se inspiró Juan José. No tenía otro.



Rosa le visitaba, y este consuelo era suficiente á dulcificar las amarguras del preso; contando con el cariño de ella, ¿qué le importaba todo lo demás? La esperanza, asida con fuerza de su corazón, resistíase á abandonarle, y el mozo, gozando tal impresión, esperaba el momento de su libertad.

Bien pronto, sin embargo, cambiöse el aspecto de las cosas. Sentenciado á tres años de presidio, partió sin verla; y desde entonces ni una carta, ni una frase en contestación á las suyas recibió el acongojado presidiario.

¿Qué era aquello? ¿Cómo Rosa, causante de su desgracia, le abandonaba? ¿Cabía esto en lo posi-

ble? El no podía creerlo, y, no obstante, la realidad se impuso.

Al verse solo, Juan José no luchó, se dejó guiar. Abandonado por su querida, escarnecido por el mundo, solicitó de los seres que iban á ser sus compañeros protección y amparo. En aquellos patios sombríos aprendió cuanto aprender puede una imaginación ardiente y contrariada; el ejemplo, que tan poderosamente influye en nosotros, le ofrecía el espectáculo de escenas repugnantes y horribles, á las que su vista se acostumbró. La semilla dió fruto, y el criminal inconsciente fué criminal por oficio.

Cuando, cumplida su condena, le anunciaron que estaba libre, alzó la frente, una blasfemia horrible brotó de sus labios, y rápido como el tigre á quien abren la jaula, abandonó el presidio.

* * *

Indagando aquí, preguntando allí, supo al fin que Rosa, enamorada de otro, había encontrado en la ausencia lenitivo bastante para su mal, y en el olvido ancha sepultura donde ocultar el recuerdo de un ladrón.

Tal nueva le aterró, y durante una noche de

insomnio, su mente, impulsada por la venganza, trazóse un plan cuyos funestos resultados me es imposible traer á la memoria sin que mi corazón se estremezca.

Quien hubiese visto á Juan José con los ojos inyectados, la faz lívida y el cuerpo trémulo, recorrer, ya precipitadamente, ya con lento paso, la humilde habitación que le albergaba, hubiese temblado. El alma, en sus inquebrantables leyes, siente, como los seres físicos, impulsos y atracciones ineludibles. Cuando su inmovilidad se perturba, el efecto guarda perfecta y armónica relación con la causa; y el presidiario pervertido, el hombre ultrajado, al verse solo, sin el afecto de la mujer origen de sus desgracias, sintió vehementes impulsos de odio, sed inextinguible de sangre. Una voz interna le decía: «Te han herido, hiere.» Y la generosidad y la esperanza huían de su corazón para ceder el paso á una imagen sangrienta.

III.

Al día siguiente se dirigió á la casa donde vivía Rosa, subió temblando y temblando llamó á la puerta.

Una voz de hombre que le rasgó las entrañas, dijo: «Abre.»

—Voy—respondió Rosa.

Juan José oprimió nerviosamente el mango de un cuchillo, y con el oído atento y el cuerpo firme esperó á que le abrieran.

Al girar la puerta sobre sus goznes, Rosa reconoció á su antiguo amante y quiso huir, pero él, sujetándola con fuerza, la hundió el puñal en la garganta y siguió avanzando.

El que estaba dentro acudió, y Juan José, mostrándole el cadáver, le dijo:

—«Ya que no has podido defenderla, defiéndete.»

Una lucha espantosa siguió á estas palabras. Aquellos hombres, ansiosos de matar, se amagaban, se herían, sin conseguir su objeto..... De pronto Juan José dió un salto formidable, el otro lanzó un rugido, quiso sostenerse y cayó.

Cuando la gente, avisada por las voces, subía, Juan José, adelantándose hasta el centro de la habitación con el ensangrentado cuchillo en la diestra, exclamó con acento breve, seco y nervioso:

—«Yo he sido.»

*
*
*

Al tener noticia del espantoso crimen, la sociedad, herida en sus fundamentales principios, reclamó justicia. El asesino subió por el mandato de sus leyes las gradas del patíbulo, y la *vindicta* pública se satisfizo. Mas ¡ay! si en el último trance, cuando la fría argolla oprimía su cuello y un populacho estúpido le miraba, el hombre se hubiese alzado con la faz cárdena por la asfixia y la voz ronca por la angustia, ¡qué de razones no pudiera aducir en su favor aquella víctima de la sociedad, que un crimen trajo al mundo para que otro crimen la arrancara de él!



33316

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cndo. 1623 MONTERREY, MEXICO